EL INGENIOSO HIDALGO *DON QUIJOTE DE LA MANCHA* SEGÚN EL JUICIO DE VLADIMIR NABOKOV

GRAHAM LONG

En el trimestre de la primavera del año académico de 1951-52, Vladimir Nabokov fue invitado a impartir una serie de conferencias en la Universidad de Harvard en los Estados Unidos que tenía que ver con la evolución de la novela. En la opinión de los miembros de la Facultad, y de Nabokov mismo, Don Quijote fue el lógico punto de partida de esta tarea. Las discusiones sobre el Quijote irían seguidas de un estudio de Dickens, Gogol, Flaubert y Tolstói. Las conferencias que ofreció junto con las anotaciones y los comentarios que Nabokov hizo, han sido publicados por una editorial norteamericana bajo el título de *Lectures on Don Quixote*.

Admirador de uno de los más extraordinarios talentos literarios del siglo XX, y consciente de su gran fama de profesor de literatura, yo he querido reunir en esta ponencia algunas de las interesantes conclusiones ofrecidas por el escritor ruso-norteamericano del lugar que la obra de Cervantes ocupa en la literatura mundial a su juicio. En un prefacio al libro que edita las conferencias de Nabokov, y que podría servir de prólogo de mi ponencia, el distinguido crítico norteamericano Guy Davenport sugiere que don Quijote, como los personajes Hamlet, Sherlock Holmes y Robinson Crusoe, empezó a apartarse de su libro apenas inventado. Que cada uno tiene su interpretación de la expresión *quijotesco*, mientras esta variedad de interpretación se ha desplazado al mundo de los ilustradores – Gustav Doré, Honoré Daumier, y hasta Pablo Picasso y Salvador Dalí. *Quijotesco,* que debería significar '*alucinado, autohipnotizado',* o quizá *'juego en colisión con la realidad',* había llegado a ser *'admirablemente idealista'*. Esta aberración es lo que Vladimir Nabokov –a mi juicio tan acertadamente y con toda justificación– se decidió a rectificar durante su año académico en la Universidad de Harvard. En su *Guía del lector del Quijote: ensayo psicológico sobre el Quijote,* Salvador de Madariaga subraya el hecho de que, lejos de ser una crítica de los populares libros de caballería, la obra de Cervantes continúa el género con agraviadas doncellas convertidas en solitarias pastoras. Mucho de la popularidad de que disfrutaba *el Quijote* en aquella época se debe al espíritu

de romanticismo salvaje que corre a través del libro. *Don Quijote* no puede considerarse, dice Nabokov, como una distorsión de los romances de caballería andante sino como una continuación.

En sus clases con los estudiantes norteamericanos, Nabokov se centra en los temas a los cuales él da más importancia en su análisis del libro: la crueldad, tanto física como mental, dirigida hacia amo y escudero, las 40 peleas (según su cálculo) que don Quijote sufre (o disfruta) a lo largo de la novela, y la magistral manera en que Cervantes maniobra para que el protagonista se eleve sobre la obra para quedarse como una figura universal, entablando con su escudero conversaciones que alcanzan nuevas alturas de dramatismo.

En su introducción a lo que llama 'consideraciones estructurales', Nabokov hace el siguiente comentario para sus alumnos: "*...Don Quijote* ha sido etiquetada la novela más grande jamás escrita. Esto, por supuesto, es un disparate. En efecto, ni siquiera es una de las más grandes del mundo, pero su héroe, cuya personalidad es una genialidad por parte de Cervantes, se yergue tan maravillosamente sobre la línea del horizonte de la literatura, un descarnado gigante sentado sobre un flaco jamelgo, que el libro vive, y vivirá, a través de la mera vitalidad que Cervantes ha inyectado en el protagonista de un muy fragmentario cuento poco coherente, el cual debe su salvación a haberse deshecho, solamente gracias a la maravillosa intuición artística de su creador, quien deja que su don Quijote entre en acción en los momentos adecuados de la historia…" En dos palabras – podríamos decir – que aquí tenemos el resumen que Vladimir Nabokov ofrece de la novela. Cervantes ha podido tejer un mosaico de incidentes y actividades absurdas para lograr una labor de retazos digna de vestir a un –al fin y al cabo– gentil pero desamparado hombre altruista.

En 1966, en la ciudad en la que se jubiló, Montreux en Suiza, Nabokov recibió a un periodista y le dijo que "...recordaba con alegría cómo me había ensañado delante de seiscientos estudiantes con el Quijote, un libro crudo y cruel, frente al horror y embarazo de mis colegas más conservadores". La verdad era que Nabokov se desesperaba por la manera en que 'estos colegas norteamericanos', a su juicio, habían 'aburguesado' la novela, para que quedase nada más que como una inocente sátira de los excesos caballerescos. No dejemos entrar el elemento nacional en todo esto, dice Nabokov. Los españoles de la época del Quijote no eran más crueles hacia los locos y los animales que cualquier nación, y los españoles de aquel entonces veían cómica la locura de la misma manera en que los ingleses iban con placer a observar la vida dentro del manicomio de Bedlam en Londres. No solamente son los eventos cruelmente cómicos en sí – el muchacho azotado por un campesino en el capítulo 4, los criados de los monjes viajeros del capítulo 8 quienes le dan a Sancho una serie de patadas para dejarle medio muerto, los arrieros del capítulo 15 que tratan a Rocinante de la misma manera y le cortan la mitad de una oreja a don Quijote – no, es más: aparte del 'divertido' espectáculo de ver a un hombre enjaulado en un carro de buey, ocurren en el último capítulo de la primera parte escenas de violencia y sangrienta brutalidad que causan mucha alegría al cura, al barbero y al canónigo mientras los cuadrilleros disfrutan de la pelea ("...en estas razones cayeron todos los que las oyeron, que don Quijote debía ser algún hombre loco, y tornáronse a reír muy de gana...").

Nabokov identifica la crueldad mental con la segunda parte del libro, donde ve las intrigas y maquinaciones de la pareja ducal como ejemplos de un humor negro a expensas de nuestros dos protagonistas. Y no se trata de un par de capítulos, nos recuerda el

autor: ocupa 28 capítulos de la segunda parte, ¡una cuarta parte de la novela! El duque y su duquesa infligen actos de misterio y perplejidad sobre nuestros dos inocentes que no parecen tener término. En el capítulo 10 (que se titula "Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea...") , el amo se encuentra con su adorada señora, transformada en vulgar campesina harto fea. Durante mucho de la segunda parte del libro, a don Quijote se le ve preocupado por cómo efectuar el desencanto de Dulcinea. ¡Una imaginada princesa en primer lugar, luego hecha ruda y cruda por los traviesos magos, y después, la incesante preocupación que pasa por su cabeza de cómo transformarla de nuevo en su inimitable doña Dulcinea! La crueldad de esta circunstancia pesa con fuerza en nuestro protagonista, quien al final del capítulo no tiene otro recurso que exclamarle a Sancho: "Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres".

Alguien, sin embargo, tiene que sufrir si el desencanto de Dulcinea va a hacerse una realidad. 3.000 latigazos en el trasero del pobre Sancho es el precio, y como broma, sostiene Nabokov, en cualquier época de la historia del mundo sería bastante cruel. ¿No habrá pagado Sancho un precio suficientemente alto por su lealtad al amo a lo largo del libro? Esta serie de burlas, parece que constituye lo esencial de todos estos capítulos en que la pareja ducal va disfrutando de una satisfacción casi demoníaca, con una broma aquí y una burla allá.

Junto al muchas veces espectacular diálogo que mantienen amo y escudero a lo largo de la obra, son las reyertas y conflictos con las que don Quijote se empeña en involucrarse las que dejan gran huella. Aparte de la larga serie de mini-historias que siembran la novela –lamentos de novios frustrados convertidos en pastores, excarcelados camino de no sabemos dónde con su benefactora mora, cuentos a la italiana, de cómo la excesiva celotipia conduce irrevocablemente a la tragedia– tenemos la impresión –¿no es así?– de que en pelea tras pelea, donde nuestro caballero había confundido una procesión de monjes, un ordinario y respetable ciudadano, o un rebaño de inocentes ovejas, por un desmesurado gigante o inescrupuloso mago al que, forzosamente, tuvo que doblegar, don Quijote sale de la reyerta perdidos un par de dientes, o con un sinfín de moratones en los hombros, o, dicho brevemente, más muerto que vivo. En su análisis de la obra para sus alumnos, capítulo por capítulo, Nabokov clasifica estos encuentros como 'triunfos' y 'derrotas'. De los 40 conflictos que Nabokov cuenta sufridos (o disfrutados) por don Quijote, él sale triunfante no menos que derrotado. O sea, según Nabokov, hay 20 situaciones en las cuales se puede hablar de una victoria por parte de nuestro hidalgo, y 20 batallas donde claramente resulta derrotado. No creo que ésta sea la impresión que el lector medio de la obra tenga al final de su lectura; más bien es como Sancho le dice a su mujer en el último capítulo de la Primera Parte: "...de ciento (aventuras) que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas...".

Tal vez haya fundamento, sin embargo, para darle la razón a Nabokov. El escritor/profesor divide las reyertas en ocho tipos de encuentros, a los cuales califica así:

> ...Don Quijote actúa como defensor de su honra...(i) ejemplo, la señora vizcaína y los frailes (Primera Parte, cap. 18).
> ... como conquistador de reyes y reinos...(ii) ejemplo, el yelmo de Mambrino (Primera Parte, cap. 21).

... como matador de monstruos...(iii) ejemplo, la aventura de los leones (Segunda Parte, cap. 17).
... como conciliador...(iv) ejemplo, los huéspedes deshonestos (Primera Parte, cap. 44).
... como campeón de Dulcinea y de otras princesas...(v) ejemplo, la aventura con los toros (Segunda Parte, cap. 58).
... como enmendador de injusticias...(vi) ejemplo, la paliza al muchacho Andrés (Primera Parte, cap. 4).
... como defensor de damas angustiadas (vii) ejemplo, la aventura del titiritero (Segunda Parte, cap. 25-26).
... como enemigo de encantadores (viii) ejemplo, las ovejas (Primera Parte, cap. 18).

Que Nabokov encuentre que casi la mitad de las 'batallas' acaban con una victoria de don Quijote es posiblemente una fuente de sorpresa. Las victorias son 20 en total, y 12 de ellas son lo que podríamos llamar de carácter 'moral'. Incluso cuando la pelea termina con el caballero tumbado en el suelo y herido en la mayoría de las partes de su cuerpo, Nabokov registra un triunfo moral. Éste es el caso en el que don Quijote libera a los galeotes de sus cadenas, y al exigir que ellos rindan homenaje a Dulcinea sufre una verdadera lluvia de piedras y rocas lanzadas por los gratos/ingratos exprisioneros. Nabokov, suponemos, considera que el buen gesto de don Quijote, simpatizando con unos desgraciados, vale como triunfo más que la derrota física. Un buen análisis de los varios encuentros, creo yo, le da la razón al escritor ruso-norteamericano al registrar un empate entre derrotas y victorias.

El arte del diálogo, les explica Nabokov a sus alumnos, se había venido desarrollando y perfeccionando, en toda la literatura del mundo, mucho antes que el de la descripción, o la expresión del paisaje. Por eso el diálogo en el Quijote es tan vívido y gráfico y los paisajes tan opacos o mortecinos. Un buen ejemplo de lo que Nabokov quiere decir tiene lugar en la segunda parte, capítulo 5, y no se trata de los diálogos entre amo y escudero que representan, según los más expertos críticos del libro, uno de los pilares de excelencia del Quijote. Se trata de un deleitoso discurso entre Sancho y su mujer cuando éste procura explicar por qué se lanza de nuevo a las –en el juicio de Teresa Panza– inexplicables aventuras con el hidalgo loco.

Sabiendo la importancia que Nabokov en su producción literaria le atribuye al tema de los colores y su función en la vida humana, los aficionados al escritor ruso-norteamericano buscarían, tal vez, alguna asociación de color que el autor/profesor podría haber hecho en relación con su análisis del Quijote para sus alumnos. Su pasatiempo predilecto –la caza, la colección y la categorización de las mariposas– sugiere una fina apreciación de los matices de color que distinguen una especie de otra. Y así es. Nabokov, en su autobiografía *¡Habla, memoria!,* cuenta cómo, desde joven, asocia las letras del alfabeto –tanto ruso como inglés y francés– con colores. La 'a' francesa, por ejemplo, evoca en su oído ébano pulido. Varios comentaristas de las obras de Nabokov han indicado que el verde parece ser el color que destaca más. Algunas de sus observaciones más agudas en cuanto al Quijote hacen referencia al color verde. En especial su reflexión sobre la escena en que, solo en su habitación, ya que Sancho se ha marchado para gobernar su isla, don Quijote se quita las medias verdes y las encuentra raídas. ¡Verde! Las medias verdes, raídas, señalan una pobreza venidera, y esto a su vez, en el juicio de Vladimir Nabokov, es otra muestra del sobresaliente arte de Cervantes.

En su argumento de por qué Cervantes es capaz de elevar el nivel de su obra desde lo puramente risible al del arte puro, Nabokov cita los capítulos 40 a 43 de la segunda parte, en que a Sancho le ha sido regalada su isla y don Quijote le da instrucciones para su buen gobierno. Esta novela, dice Nabokov, habría muerto de la risa que su trama pícara quería evocar si no hubiera contenido pasajes y episodios que nos impulsan a nosotros, los lectores, al mundo de sueños de un permanente e irracional arte. Sancho es ahora rico, y nuestro hidalgo, reducido a contemplar sus gastados calcetines verdes, no lo es. Sancho ha conseguido lo que añoraba, pero don Quijote sabe que Sancho, en muchos aspectos, si no en todos, es su inferior, y que él, además, no va a conseguir lo que añoraba –el desencanto de su Dulcinea. Cuando el amo le da a su escudero los consejos sobre cómo gobernar su isla, lo hace para levantar su propia autoestima, para convencerse a sí mismo de su inherente superioridad. Nabokov mantiene, junto a Salvador de Madariaga en su ensayo sobre los rasgos psicológicos, que Cervantes da prueba en esta genial escena (capítulo 44) de un arte trascendental, de un *tour de force* conmovedor: don Quijote está solo, sin su Sancho, la pobreza verde en el suelo a sus pies; se acuesta sumamente triste.

Las obras de Vladimir Nabokov están llenas de un humor inimitable, y no sorprende que Nabokov mismo en sus clases para los alumnos universitarios se fijara en la especie de humor que resalta de las novelas que él y sus adeptos están estudiando. Por eso, la crueldad física y mental del humor, aunque sea de una época lejana y no de nuestros días, le afecta especialmente. No obstante, ha podido reconocer, a través de los fascinantes diálogos (y no solamente entre amo y escudero), y a pesar de las numerosas mini-historias que desvían la trama, cómo los dos protagonistas han podido saltar de esta novela y aterrizar en la Galería de Personajes Famosos de la literatura mundial.